

ACTOS AFILIATIVOS Y POSTMEMORIA:
ASUNTOS PENDIENTESSEBASTIAAN FABER
Oberlin College (Ohio)

1. INTRODUCCIÓN

En este ensayo quiero plantear un puñado de cuestiones fundamentales que, a mi ver, siguen irresueltas en muchos de los trabajos de análisis literario o cultural que pretenden contribuir al corpus creciente de los *Memory Studies* ibéricos; trabajos que, con pocas excepciones, se ocupan de analizar uno a varios textos literarios o películas de ficción para abordar el tema general de las secuelas sociales, políticas, éticas y judiciales en la España de la Segunda República, la Guerra Civil, el franquismo y la Transición. Las cuestiones irresueltas me parece que son al menos tres:

1. ¿Cuál es la importancia relativa de la literatura o el cine en el fenómeno general de la memoria histórica o colectiva? O para decirlo de otro modo, ¿qué sentido tiene analizar, digamos, una novela contemporánea sobre la Guerra Civil para comprender la evolución social o política de la memoria histórica en España?

2. ¿Hasta qué punto cabe importar términos o conceptos de otros campos afines al análisis de los procesos de memoria histórica española?

3. ¿Cuál es el propósito de los estudios humanísticos sobre la memoria histórica en España? ¿Analizar o intervenir?

Antes de entrar en materia, conviene reconstruir, aunque sea breve y simplificada, una historia del encuentro institucional entre los estudios literarios y los de la memoria. Aceptando la premisa de Bourdieu (1984) de que las universidades son el escenario diario de una lucha interna por el prestigio, las plazas, la financiación y los números de estudiantes y que, por tanto, nuestro entorno institucional está regido por una competencia constante, cabe argüir que los tremendos cambios en los campos humanísticos de las últimas cuatro décadas se motivaron por una ansiedad colectiva en torno a la noción de legitimidad y relevancia. A partir de los años sesenta del siglo xx, las críticas al canon y el cuestionamiento de la noción sacralizada de la literatura como expresión espiritual privilegiada erosionaron la relevancia del objeto exclusivamente literario como base suficiente para legitimar nuestro trabajo. Así, los críticos literarios nos convertimos en críticos de cultura, ocupándonos de todas las expresiones culturales pensables, desde los cómics hasta los partidos de fútbol. Pero la ampliación de los objetos de análisis ha sido solo una de varias respuestas a la crisis de relevancia. Otra es la lectura académica de los textos literarios y otros productos culturales en función no de sus cualidades estéticas o formales sino en función de preocupaciones y fenómenos sociales y políticos mucho más amplios (y, por tanto, más obviamente relevantes): la identidad, el poder, la ideología, la justicia y, en los últimos veinte años, la memoria.

El auge de los estudios de la memoria en las ciencias sociales y las humanidades, además del considerable número de obras recientes en la producción cultural contemporánea española sobre los episodios violentos del siglo xx y su legado en el presente –la llamada “moda de la memoria”¹– ha dado lugar a una auténtica oleada de trabajos académicos sobre esa producción cultural –novelas, películas, documentales– por especialistas en cultura y literatura ibéricas contemporáneas². Muchos de los análisis se inspiran en cuerpos teóricos ajenos, o al menos contiguos, al campo: la filosofía y los estudios sociales (desde Maurice Halbwachs, Reyes Mate y Paul Ricoeur hasta Paloma Aguilar y Elizabeth Jelin) y los estudios humanísticos del Holocausto, incluida la teoría del trauma y de la postmemoria (desde Cathy Caruth, Shoshana Felman y Dominick LaCapra hasta James Young y Marianne Hirsch). A la vista de esta producción reciente de críticos literarios y culturales, este ensayo aborda dos tareas: cuestionar hasta qué punto el análisis de textos y películas individuales puede contribuir a nuestra comprensión de fenómenos sociopolíticos generales como la memoria colectiva y la justicia transicional; y clarificar algunas diferencias fundamentales entre la memoria histórica de las víctimas de la Guerra Civil y del franquismo, por un lado, y la memoria de las víctimas del Holocausto, por otro; diferencias que hacen que una noción como (post)memoria afiliativa no tenga el mismo significado en ambos contextos. En este sentido, el presente ensayo se inscribe en un proceso

¹ En una entrevista a propósito de su novela *Noche de los tiempos*, Antonio Muñoz Molina afirmó que no se había “dejado llevar por la moda de la memoria histórica” (EFE 2009). Ver también Faber (2005: 206).

² La base de datos bibliográfica de la Modern Language Association en Estados Unidos lista más de ciento veinte entradas sobre la memoria en España publicadas desde el año 2000.

de cuestionamiento más general de las premisas que han venido informando la configuración e institucionalización de los estudios de la memoria como campo interdisciplinario. Cabe citar aquí el escepticismo bien razonado de Susannah Radstone –que lleva varios años interrogando la validez de los conceptos básicos que, nacidos como especulaciones e importados desde campos afines, se han convertido en “ortodoxias” de los *Memory Studies* (Radstone 2008: 33)– y el trabajo de Wulf Kansteiner, quien, con respecto al uso de un concepto como “trauma” para describir los efectos a largo plazo del Holocausto, ha llamado la atención sobre el curioso desajuste entre las pretensiones cuantitativas del trabajo sobre la memoria, por un lado, y sus metodologías teórico-especulativas, por otro (Kansteiner 2002). Concluye Kansteiner que el trauma “is simply not a very good concept for the analysis of the long-term psychological effects of events like the Final Solution” (2002: 99).

¿Tiene sentido analizar una novela contemporánea sobre la Guerra Civil para comprender la evolución social o política de la memoria histórica en España? El gran número de trabajos que se dedican a hacerlo parece indicar que la respuesta es afirmativa. Y, sin embargo, son pocos los que justifican *explícitamente* esta conexión entre literatura y memoria colectiva³. Entre las justificaciones *implícitas* me parece que cabe identificar dos razonamientos principales. Primero, hay autores que asumen que el objeto analizado (una novela, por ejemplo), o los eventos que narra, son *representativos* o ilustrativos de ciertos fenómenos sociales, y por tanto pueden servir de muestra de tendencias más generales. Así, por ejemplo, una lectura de una novela sobre la hija de una comunista represaliada por el régimen franquista puede servirle al crítico para proponer una reflexión teórica sobre las formas de transmisión intergeneracional del trauma de la represión política. Segundo, hay los que parten de la posición inversa: que la novela en cuestión es digna de análisis precisamente en cuanto representa un *cambio* o una excepción: una visión nueva que, por tanto, contribuye a modificar o avanzar los procesos sociales y políticos en torno a la memoria colectiva, o al menos nuestra comprensión de esos procesos. Un ensayo sobre una película sobre la Guerra Civil, por ejemplo, puede servir para argüir que la ruptura de la obra con el pacto de silencio señala un giro importante, no solo en la producción cultural postfranquista, sino en toda la sociedad española. En estos argumentos en clave de excepción he visto operar tres subargumentos implícitos. Uno ubica la excepcionalidad en la creatividad o genio del autor de la novela, el director de la película, etc. Otro lo atribuye a las posibilidades que ofrece el texto literario, ficticio o cinematográfico como tal (posibilidades que no prestan, por ejemplo, un texto historiográfico o documental). Un argumento final atribuye el valor de la contribución menos a la obra bajo análisis que a la *lectura* –sofisticada, teorizada, original, a contracorriente– que realiza el propio crítico.

³ Hay excepciones, entre las que cabe citar a Colmeiro (2005), Gómez López-Quñones (2006), Labanyi (2007) y Hansen (2013).

Consideremos tres ejemplos concretos. En un artículo reciente en el *Hispanic Research Journal*, Alison Ribeiro de Menezes (2012) se ocupa de la obra novelística de Josefina Aldecoa, en particular su trilogía sobre la Guerra Civil (*Historia de una maestra*, *Mujeres de negro* y *La fuerza del destino*). En el resumen de su ensayo, la investigadora afirma que este se propone explorar “issues of memory, postmemory, and trauma in the domain of the family”, mediante un “close textual analysis” de la trilogía en cuestión. Ahora bien, ¿qué justifica la exploración de un tema sociológico, histórico y psicológico (memoria, postmemoria, trauma) mediante una lectura cuidadosa de un texto literario? Las novelas de Aldecoa, escribe Ribeiro, “draw an allegorical parallel between the family and the nation in order to chart the intergenerational transmission of trauma and its overcoming”. El análisis expuesto en el artículo sirve, a su vez, para revelar “the importance of Aldecoa’s contribution not only to Spain’s contemporary memory debates, but also to the broader concerns of theories of cultural memory, postmemory, and the coding of historical experience as trauma” (2012: 250). En otras palabras: lo que justifica el enfoque en este texto *literario* es la creatividad o el genio de la autora, cuya elaboración artística –en particular, la visión alegórica que conecta familia y nación– contribuye a nuestra comprensión de la dinámica *social* que nos interesa: la transmisión y superación del trauma a través de las generaciones.

Un segundo ejemplo nos lo proporciona uno de los números recientes de *Hispania*, donde J’Leen Manning Saeger se ocupa de la memoria y la postmemoria en *Las mujeres caminaron con el fuego del siglo*, obra teatral de Lidia Falcón. Aquí el tema que le interesa a la autora es el papel de las mujeres en la historia española. Lo que justifica el análisis de esta obra teatral –en que figuran dos mujeres que “speak of various traumatic experiences in their lives in an attempt to interrogate the past and their lack of representation within it”– es el hecho de que la obra “considers Spain’s recent past from a place of trauma in order to recognize displaced females voices”. Así, afirma Saeger, la obra de Falcón “serves as a venue for women seeking to evoke and to understand the past and, therefore, to shape its meaning” (2013: 515-516). De nuevo, se presupone que un análisis de una obra literaria puede servir para avanzar el conocimiento de un fenómeno sociohistórico: se asume que los personajes de alguna forma pueden ser representativos de una colectividad histórica, y que la intervención de Lidia Falcón como creadora reconfigura de una forma importante la representación del pasado nacional.

Un ejemplo final: un artículo de Edurne Portela sobre *La voz dormida* de Dulce Chacón que apareció en 2007 en la *Revista de Estudios Hispánicos*. Aquí la autora se propone “desarroll[ar] los conceptos de segunda generación y postmemoria, argumentando el significado y la utilidad de estos términos en el contexto de *La voz dormida* para así analizar cómo se está memorizando tanto la Guerra Civil como la posguerra en la España actual” (2007: 51). Como se ve, aquí el argumento operativo enfatiza la representatividad: un concepto teórico (postmemoria) resulta útil en la interpretación de un texto literario (*La voz dormida*) que, a su vez, sirve para ilustrar una dinámica social nacional (la memoria colectiva de la Guerra Civil y posguerra españolas). En los tres casos citados, el *valor* o la

relevancia de la obra literaria analizada, así como del análisis mismo, se presenta como una función de la relevancia de un fenómeno extraliterario; y en los tres casos, el aparato conceptual o teórico que dirige el análisis (memoria, postmemoria, trauma) también trasciende lo literario o ficticio.

Quiero dejar claro que no pretendo, ni mucho menos, cuestionar el valor de estos tres artículos, que por cierto salieron publicados en revistas de primera categoría. Lo que me interesa subrayar es la tendencia general que, a mi ver, ilustran: que en nuestro campo se suele dar por sentado, sin necesidad de pruebas adicionales, la relación (de representatividad o de impacto) entre el objeto analizado y los fenómenos más generales que informan el análisis. La duda que esta línea de trabajo me provoca es esta: ¿No nos permitimos confundir el efecto *potencial* de un texto con su efecto *real*? ¿No pretendemos presentar un argumento sociológico con herramientas metodológicas que son propias de las humanidades? Es verdad que en algunos casos contados –el de *Soldados de Salamina* de Cercas, por ejemplo, con sus números de venta y lectura excepcionales– esa confusión entre efecto potencial y efecto real quizá esté justificada. Pero me parece que en otros muchos casos nos incumbe preguntarnos si no sobrevaloramos crónicamente e injustificadamente la importancia de la literatura en un país donde un 37% de la población nunca lee un libro, donde solo un 47,2% abre un libro más de una vez por semana, y donde los libros más leídos no son, precisamente, los que suelen atraer nuestro interés académico (Federación 2012: 32, 48, 146)⁴.

Ahora bien, esta tendencia nuestra a sobrevalorar el impacto sobre los procesos sociales de las producciones culturales que estudiamos tiene dos o tres explicaciones obvias. Dada nuestra formación disciplinaria, sencillamente carecemos de herramientas metodológicas (además de ganas y paciencia) para medir ese impacto de forma rigurosa. Si nos dedicamos a leer y analizar textos literarios, películas, etc., es en parte porque es lo que mejor sabemos hacer. Por otro lado, son muchas las incentivos institucionales para seguir atribuyendo a nuestros objetos de análisis un papel social privilegiado: cuanto más relevantes nuestros objetos, más lo somos nosotros. Finalmente, no serán los propios autores o directores los que nieguen o rechacen la importancia que nuestra atención crítica confiere a los frutos de su labor.

La segunda pregunta –¿hasta qué punto cabe importar términos o conceptos de otros campos afines al análisis de los procesos de memoria histórica española?– también toca sobre las dinámicas de nuestro entorno institucional. Como bien se sabe, la génesis de los *Memory Studies* está muy ligada al estudio humanístico del legado literario, artístico y filosófico de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo entre sus víctimas. Gracias en parte al poder institucional de los *Holocaust Studies* en las universidades de Europa y Estados Unidos, su influencia sobre los *Memory Studies* ibéricos ha sido considerable. Pero a la luz de las grandes diferencias históricas y políticas entre el legado de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española y el franquismo, cabe preguntarse hasta qué

⁴ Muy diferente es el caso de los que se ocupan de expresiones culturales más masivas, por ejemplo el trabajo de Ana Corbalán (2009) sobre la recepción en España de la serie *Cuéntame cómo pasó*.

punto la influencia de los estudios del Holocausto ha servido para avanzar nuestra comprensión del caso español. Volveré sobre este punto más abajo.

La tercera pregunta –¿cuál es el propósito de los estudios humanísticos sobre la memoria histórica en España, analizar o intervenir?– vuelve sobre la pregunta con la que he abierto este ensayo. Gracias al legado de los estudios culturales, pero también al de los estudios del Holocausto, los que trabajamos sobre la memoria histórica de la violencia española del siglo xx solemos asumir un compromiso ético o social más o menos explícito, basado en alguna forma de solidaridad con las víctimas y muchas veces ligada con una noción de justicia (Radstone 2008: 32-33). En ese sentido, los *Memory Studies* españoles pretenden no solo analizar, desinteresada o distanciadamente, la dinámica de la esfera pública ibérica sino *intervenir* activamente en ella. Lo que suele quedar bastante menos claro es cómo un artículo o libro académico puede realizar una intervención efectiva de ese tipo. A fin de cuentas, la publicación y difusión de nuestros trabajos profesionales suelen ser lentas y limitadísimas, y su discurso poco penetrable para lectores legos. Como ha argüido Germán Labrador, como intelectuales nos incumbe tomar mayor conciencia del desfase entre la postura comprometida que adoptamos ante nuestro tema de investigación y las limitaciones de nuestras prácticas académicas habituales (Labrador 2011: 382-383).

Aunque lo que sigue está motivado por estas tres preocupaciones generales, voy a concentrarme en el segundo punto. Más concretamente, me interesa retomar un concepto que propuse hace algunos años –la literatura sobre el siglo xx español como *acto afiliativo*– para clarificar su relación con los conceptos de *postmemoria* y *postmemoria afiliativa* (propuestos por James Young y Marianne Hirsch). De paso, pondré en tela de juicio su utilidad para comprender el caso español y, en particular, el papel de la ficción en los procesos y debates de memoria histórica en la España de los últimos quince años.

2. LA LITERATURA COMO ACTO AFILIATIVO

La noción de la literatura como acto afiliativo me pareció útil para definir una tendencia llamativa entre las nuevas aproximaciones narrativas a la Guerra Civil y el franquismo, en concreto textos “que movilizan el discurso literario para escenificar –y, en los más de los casos, defender– una relación con el legado del pasado violento español que es más activamente indagadora, más abiertamente personal, y más conscientemente ética que en ningún momento anterior desde el final de la dictadura” (Faber 2010: 102). Se trataba de textos realistas –narraciones ficticias o dramatizadas pero claramente basadas en investigaciones históricas tan rigurosas como exhaustivas– que en algunos casos incorporaban documentación auténtica (testimonios, fotos, textos). Inspirándome en Edward Said, la noción de la *afiliación* la definía como una conexión establecida por voluntad o compromiso conscientes, contrapuesta a la noción de *filiación* entendida como conexión impuesta por la sangre, el parentesco o el destino. Para Said, los procesos afiliativos están motivados por la “convicción social y política, circunstancias económicas e históricas, un esfuerzo voluntario y una voluntad

deliberada" (Said 1983: 15). Lo llamativo de los textos en cuestión era la voluntad de identificación, de parte de personajes tanto como autores, con víctimas de la represión derechista entre 1936 y 1975, desde una noción de genealogía *política* que pudiera sustituir cualquier genealogía *biológica*. Así, Almudena Grandes (2006) hablaba de nietos "adoptivos" de los republicanos de 1931.

Cabe recordar que, en *The World, the Text, and the Critic*, Said no presentaba la distinción entre filiación y afiliación en relación con la memoria. Los términos aparecen en el contexto de una discusión del *modernism* y la evolución de la crítica literaria universitaria. La producción cultural en Occidente desde fines del siglo XIX a comienzos del XX, argüía Said, manifiesta una obsesión con la imposibilidad o indeseabilidad de la reproducción genealógica: "Childless couples, orphaned children, aborted childbirths, and unregenerately celibate men and women populate the world of high modernism with remarkable insistence, all of them suggesting the difficulties of filiation" (1983: 17). A su vez, esta dificultad filiativa creaba la necesidad de otras formas de concebir las relaciones humanas: "if biological reproduction is either too difficult or too unpleasant, is there some other way by which men and women can create social bonds between each other that would substitute for those ties that connect members of the same family across generations?" (17).

Esa alternativa la proporcionaban, según Said, "institutions, associations, and communities whose social existence was not in fact guaranteed by biology, but by affiliation"; "a party, an institution, a set of beliefs, or even a world-vision [that] provides men and women with a new form of relationship [...] which is also a new system" (1983: 17, 19). Y aunque los sistemas afiliativos imitan muchos de los rasgos de los filiativos –su carácter potencialmente cerrado, las posiciones de autoridad que confieren y las relaciones jerárquicas de poder que los rigen– "[t]he filiative scheme belongs to the realms of nature and of 'life', whereas affiliation belongs exclusively to culture and society" (21). Por un lado, Said señala la tendencia de las estructuras afiliativas –por ejemplo, las disciplinas académicas– a acabar siendo tan cerradas, auto-reproductoras y constreñidas como las filiativas. Por otro, reivindica la necesidad de romperlas o escapar de ellas a través de nuevos actos afiliativos. Esta actitud disidente la identifica con la "conciencia crítica secular" que quiere promover con *The World, the Text, and the Critic* (24).

En mi artículo anterior argüía que, en el contexto de la memoria histórica española, la escritura o la lectura como acto afiliativo señalaba un cambio con relación a la actitud que había predominado en las primeras décadas de la democracia, marcadas por un rechazo de cualquier herencia política y una clara ruptura genealógica. Como escribía Santos Juliá sobre la relación de su propia generación con el pasado político de España, un pasado que quisieron "echar al olvido":

Aquellos jóvenes prefirieron [...] no fiarse de la memoria; más aún: optaron por echar la guerra al olvido en un sentido muy preciso: la consideraron como historia, como un pasado clausurado, algo que había afectado a sus padres, pero de lo que era preciso librarse si se quería desbrozar el único camino que podía reconducir a la democracia, a la libertad. [...] La guerra era sencillamente his-

toria, objeto de conocimiento, no de memoria; su herencia no era bien venida. (Juliá 2006: 12)+-

Esta voluntad anti-genealógica de la generación de Juliá cabe interpretarse como reacción natural a dos *leitmotivs* políticos y culturales del siglo xx español, ambos activados por el régimen franquista: la noción del eterno carácter violento de los españoles (condenados a pelear y matarse y necesitados de una mano dura que controlara sus instintos), y la noción del pecado político original: la idea de que los hijos heredan los legados políticos de sus padres: sus virtudes y culpas, sus deudas y sus haberes.

La postura de Juliá y sus compañeros de generación rechazaba ambos motivos a favor de una relación aséptica o anti-afectiva con el pasado (estudiable y analizable, eso sí, pero desinteresadamente, como país lejano y extraño). En cambio, los que, a finales de los años noventa, empezarían a integrar el movimiento para la recuperación de la memoria histórica, optaron por una relación *hiperafectiva* con el pasado. En principio esa afectividad estaba basada, precisamente, en la genealogía: a fin de cuentas, todo empezó cuando Emilio Silva emprendió la búsqueda del cuerpo de su propio abuelo. Pero –y esto es fundamental– la fuerza política de la llamada por la recuperación de la memoria histórica radicaba en la *trascendencia* del entorno genealógico y familiar. Aunque originara en nociones de deber basadas en la sangre y el amor filial (la obligación del nieto ante el abuelo muerto), el carácter colectivo y reivindicativo del movimiento invitó desde el principio a la *solidaridad*. La búsqueda y exhumación de las fosas comunes era (y sigue siendo) un trabajo colectivo, de equipo, en que participan voluntarios de todo el mundo que *no* tienen relación genealógica con las víctimas.

Así volvió a crearse en España la posibilidad de una ruptura voluntarista con el destino genealógico, filiativo, pero bajo un signo muy diferente de la que habían asumido Juliá y sus compañeros de generación en los años setenta y ochenta. Si estos se abstuvieron de toda relación afectiva con los españoles del pasado, el contexto en que nació el movimiento recuperacionista también hizo posible que una descendiente de falangistas como Dulce Chacón rompiera con su legado genealógico para, en un acto afiliativo, solidarizarse con las víctimas del régimen.

Tengo que confesar que en abril de 2009, al escribir el breve ensayo sobre la literatura como acto afiliativo, no sabía que Marianne Hirsch (2008) había invocado a Said un año antes para acuñar una variación sobre su conocido concepto de la postmemoria: la *postmemoria afiliativa*. A la luz del auge que han tenido los conceptos de Hirsch entre los que estudiamos la memoria histórica de la Guerra Civil Española y el franquismo, me parece útil clarificar algunas importantes diferencias entre su uso del concepto de la afiliación y el mío –clarificación que servirá también para marcar algunos límites a la utilidad de la noción de la postmemoria en el contexto español.

3. LA POSTMEMORIA

El concepto de la postmemoria lo introdujeron Marianne Hirsch y James Young en los años noventa del siglo pasado para referirse a un fenómeno muy particular: la incorporación del trauma del Holocausto en obras realizadas por los hijos de las víctimas. El trauma representado –en *Maus* de Art Spiegelman, por ejemplo– no lo habían vivido en carne propia, por lo que su recuerdo no podía ser directo. Pero dado que los hijos de las víctimas se habían criado en la presencia continua del trauma de sus padres –plasmado o bien en relatos e imágenes, o bien en silencios y barreras infranqueables–, sí cabía afirmar que conservaban un recuerdo *indirecto* de él: de ahí la noción del *post*-recuerdo. Como escribe Marianne Hirsch, “postmemory describes the relationship that the generation after those who witnessed cultural or collective trauma bears to the experiences of those who came before, experiences that they ‘remember’ only by means of the stories, images, and behaviors among which they grew up” (2008: 106). Para el fenómeno de la postmemoria, los hechos recordados son menos importantes que la carga afectiva, emocional con que los inyecta la relación entre hijos y padres. Para Hirsch, la diferencia principal entre “memoria” e “historia” es precisamente esta dimensión afectiva: “Memory signals an affective link to the past –a sense, precisely, of a material ‘living connection’– and it is powerfully mediated by technologies like literature, photography, and testimony” (2012: 33).

En cierto sentido es curioso que el concepto de Hirsch haya tenido auge entre estudiosos de la memoria histórica de otros casos históricos, como la represión en el Cono Sur latinoamericano o la Guerra Civil Española y el franquismo. Y es que, como bien señala Hans Lauge Hansen, la postmemoria se acuñó, en primera instancia, para describir casos muy específicos: “Postmemory in Marianne Hirsch’s original sense is [...] an exclusive and rather rare phenomenon, closely tied to the experience of genocide, filiative transmission and cultural community maintenance” (2013: 97).

También es importante señalar que Hirsch está interesada, sobre todo, en productos culturales y artísticos: al fin y al cabo es una crítica literaria. Es más: tanto Hirsch como James Young conciben su trabajo en parte como una *revindicación* del arte y la literatura como medios indispensables para conocer la historia, sobre todo una historia tan esquiva e inconcebible como la del Holocausto. En la introducción de *At Memory’s Edge*, Young plantea dos preguntas retóricas: “Can the historian ever really know the history of an era without knowing its art and literature? That is, can any historian truly represent events of a bygone era without understanding how the artists and writers of that time grasped and then responded to the events unfolding around them?”; y “how well [can] historians [...] represent the past without knowing how the next generation has responded to it in its art and literature[?]” (2000: 5). Hirsch, en *The Generation of Postmemory*, arguye de forma similar que la *memoria* –las representaciones del pasado mediadas a través de los afectos, y plasmadas en el testimonio, la literatura, el arte o la fotografía– es tan importante como la *historia* para la comprensión de un pasado traumático. Volviendo a la noción de relevancia que abordamos al

comienzo de este ensayo, queda claro que críticos como Young y Hirsch pretenden, entre otras cosas, restablecer la obra literaria y artística como objeto digno de análisis, y sus propios análisis de la obra como contribución relevante a un proyecto no solo filológico o crítico sino ético.

Algunos autores prominentes han cuestionado la necesidad o utilidad del concepto de postmemoria. Así, el comparatista holandés Ernst van Alphen se pregunta si la elaboración de las experiencias de las víctimas del Holocausto por sus hijos merece el nombre de *memoria*. La memoria, para Van Alphen, indica una relación indexical con una experiencia, relación que, en el caso de los hijos, no existe. Según Van Alphen, el conocimiento que los hijos tienen del pasado es el resultado de "a process of conveying, of combining historical knowledge and the memories of others. And importantly for constructing, it is the result of a strong identification with (the past of) the parents, of projecting historical, familial knowledge of a past one is disconnected from onto one's life history" (2006: 486). Para Hirsch, tanto la memoria como la postmemoria están regidas por procesos de mediación. Van Alphen está de acuerdo; pero arguye la distancia creada por la mediación en sí no nos permite ignorar como factor esencial la existencia o ausencia de una conexión directa con el pasado:

The connection of memory to the past is basically an indexical one: the person whose memory it is has lived that past. Postmemory is in this respect not relatively but fundamentally different from memory. By calling the phenomenon postmemory, Hirsch implicitly claims indexical connectedness for it. However, the "deep personal connection" claimed by Hirsch for the generation of children concerns first of all a connection with the parents. And only through the deep connection with the parents is a connection with the latter's past established, which results from a strong identification with the parents and does not have an indexical origin as such. If I may suggest an alternative: this deep connection with the past is a displacement of the connection with the parents. In claiming connection through displacement, the notion of memory becomes, I think, more self-evident than is warranted, and thus the concept unwittingly comes to beg the question it raises. (Van Alphen 2006: 486-487)

Una crítica más dura del concepto de Hirsch la hace la autora argentina Beatriz Sarlo en *Tiempo Pasado*, una reflexión sobre el retorno de la subjetividad en la memoria histórica. Así como Van Alphen, Sarlo relativiza el peso que atribuye Hirsch a la mediación. En la práctica, arguye Sarlo, también la memoria de la primera generación es en gran parte el producto de experiencias mediadas⁵. Por tanto, "la mediación de fotografías, en Hirsch, o el registro de todo tipo de discursos a partir de los que se construye la memoria, en Young, no señalan un rasgo específico que muestre la necesidad de una noción como postmemoria,

⁵ "[L]os hechos del pasado, que las operaciones de una memoria directa de la experiencia pueden construir –escribe Sarlo– son muy pocos y están unidos a las vidas de los sujetos y de su entorno inmediato. Del resto de los hechos contemporáneos a los sujetos, éstos se enteran por el discurso de terceros; ese discurso, a su vez, puede estar sostenido en la experiencia o resultar de una construcción basada en fuentes, aunque sean fuentes más próximas en el tiempo [...]. En las sociedades modernas estas fuentes son crecientemente mediáticas" (2005: 127).

hasta ahora inexistente" (2005: 127). Para Sarlo, el término de Hirsch es un ejemplo de la sobreproducción de conceptos teóricos para describir fenómenos que ni son nuevos ni tan específicos como para justificar un neologismo:

Se dice como novedad algo que pertenece al orden de lo evidente: si el pasado no fue vivido, su relato no puede sino provenir de lo conocido a través de mediaciones; e, incluso, si fue vivido, las mediaciones forman parte de ese relato. [...] [E]s obvio que toda reconstrucción del pasado es vicaria e hipermediada, excepto la experiencia que ha tocado el cuerpo y la sensibilidad de un sujeto. (Sarlo 2005: 128-129)

La teoría de la postmemoria, afirma Sarlo, confiere demasiado peso a la "dimensión subjetiva y moral" de la memoria que los hijos puedan tener de sus padres, y debilita el rigor académico al permitir la incorporación de "un almacén de banalidades personales" (2005: 131, 134). El término, concluye, "se armó en el marco de los estudios culturales, específicamente aquellos que conciernen al Holocausto" y solo en ese "espacio disciplinario [...] podrían afirmarse sus pretensiones de especificidad" (133).

Para los que nos ocupamos del caso español, es importante recordar las diferencias obvias entre este y el contexto en que nace el concepto de Hirsch. Por más que Hirsch se concentre en el marco doméstico y familiar, sus análisis presuponen que los procesos que describe se producen en un contexto *público*; y un contexto, además, *interesado* en los recuerdos y post-recuerdos de las víctimas del Holocausto, cuya experiencia nadie se atrevería a deslegitimar. Si hay alguna tensión o ansiedad, se produce en torno a la noción de la propiedad: la posibilidad (considerada poco ética) de que los hijos se estén apropiando, de modo oportunista, de los recuerdos y el sufrimiento de sus padres⁶. Por lo demás llama la atención la ausencia casi completa en el trabajo sobre la postmemoria de Hirsch de tensiones propiamente políticas. El caso español, como bien sabemos, es muy diferente en este sentido.

4. LA POSTMEMORIA AFILIATIVA

A finales de la primera década del siglo *xxi*, Hirsch giró su atención hacia la dimensión colectiva de la postmemoria. Le interesaba, sobre todo, la interacción dinámica entre la memoria cultural pública y la memoria privada familiar; por ejemplo, el uso en *Maus* de una foto icónica de Margaret Bourke-White, en la que el protagonista autobiográfico de Spiegelman "identifica" a su padre. A Hirsch también le interesaba la solidaridad afectiva con las víctimas del Holocausto de miembros de la segunda generación cuyos propios padres no sufrieron la represión nazi. Es en este contexto donde propone la noción de *postmemoria afiliativa*: "Affiliative post-memory would thus be the result of contemporaneity and generational connection with the literal second generation combined with structures of mediation that would be broadly appropriable, available, and

⁶ Es el argumento que presenta Ruth Franklin (2011).

indeed, compelling enough to encompass a larger collective in an organic web of transmission" (2012: 15). Además de la transmisión vertical, familiar, de la primera generación (la de las víctimas) a la segunda generación "literal" (sus hijos biológicos), Hirsch argumenta que también hay que tomar en cuenta los canales de transmisión horizontal, que permiten la inclusión más amplia de miembros de la segunda generación.

El concepto de la postmemoria afiliativa tiene algunos puntos de conexión con mi noción del acto afiliativo: los dos casos describen un proceso de solidaridad intergeneracional con la experiencia de una víctima más allá de cualquier conexión biológica. Sin embargo, la potencia de lo que yo he descrito como acto afiliativo en el caso español reside, en gran parte, en la dimensión *política* de la memoria histórica de la Guerra Civil y el franquismo, dimensión que, como hemos visto, apenas aparece en el esquema de Hirsch.

Dado el estado extremadamente controvertido de la memoria pública del violento siglo xx español, cualquier acto afiliativo con las víctimas del franquismo implica también, quíerese o no, una serie de rechazos y condenas: del golpe de Estado que desató la guerra en 1936; de la represión de parte de las tropas y paramilitares del bando nacional; de la dictadura franquista; de la negligencia del legado político y judicial de la represión en los años de la Transición; y de las políticas de la memoria de los sucesivos gobiernos democráticos. En algunos casos concretos el acto afiliativo implica un acto inverso de *desfiliación*; es el caso del protagonista de *El corazón helado* de Almudena Grandes, que se ve obligado a rechazar a su padre muerto, al que ha descubierto expoliador de bienes de familias republicanas represaliadas, para abrazar el legado de su abuela, activista republicana. Esta tensión entre obligaciones y afectos familiares, por un lado, y compromisos éticos y afinidades políticas, por otro, genera la tensión dramática en varias de las producciones literarias que más atención crítica han suscitado.

En la esfera pública, la asociación de la historia española con la Segunda Guerra Mundial ha servido para recargar la dimensión política del debate en torno a la memoria histórica de la Guerra Civil y el franquismo. Los documentales de Montse Armengou y Ricard Belis⁷, o un libro como *El holocausto español* de Paul Preston, nos recuerdan que la victoria de Franco ocurrió gracias a su alianza con los poderes del Eje y asocian los crímenes del franquismo con los del nazismo. Paradójicamente, como hemos visto, en el área de los estudios culturales parece que la lectura de la experiencia de las víctimas del franquismo a través del lente de los *Holocaust Studies* produce, más bien, una *despolitización* del caso español.

Algo similar puede ocurrir con la interpretación del caso español a través del discurso de derechos humanos, como ha señalado Antonio Gómez López-Quñones. En un ensayo reciente, arguye Gómez que la noción liberal del *reconocimiento* del sufrimiento individual de la víctima como víctima (y no, por ejemplo, como activista político) a menudo presupone un marco que busca *acomodar* memorias diferentes en una convivencia tolerante pero que, al mismo tiempo, excluye cualquier proyecto político que pueda cuestionar el proyecto liberal. En

⁷ En concreto, *Les fosses del silenci* (2003) y *Els nens perduts del franquisme* (2002).

palabras de Gómez López-Quiñones, "recognition translates non-liberal political aspirations (that is, political goals that are inimical to the liberal project) into a liberal vocabulary that, while acknowledging these aspirations and agendas, performatively deactivates their inassimilable and most unsettling content" (2012: 88).

¿Qué hace que el caso español sea político de una forma que nunca lo será el caso del Holocausto? La respuesta, desde luego, reside en la naturaleza de la Guerra Civil, donde muchas víctimas lo fueron no por razones étnicas sino por motivos políticos. Pero otro factor crucial lo constituye la configuración de la memoria doméstica e internacional de esa guerra y del franquismo, configuración para la cual, a su vez, fueron decisivos tres factores principales: la victoria de Franco; la Guerra Fría; y el pacto entre élites que hizo posible la transición democrática. Como consecuencia, dos de los fundamentos principales de la memoria histórica del Holocausto –la categorización obvia, consensuada, de víctimas versus victimarios; y el reconocimiento generalizado de que la moral universal exige que recordemos el sufrimiento de aquellas, al mismo tiempo que condenamos los crímenes de estos– son precisamente los aspectos que, en el caso español, siguen siendo controvertidos. A Hirsch y otros miembros de la generación de la postmemoria nunca se les ocurriría que alguien pudiera cuestionar la legitimidad de la relación *afectiva* hacia sus padres que motiva la postmemoria. La necesidad y la naturaleza de esa relación intergeneracional es, precisamente, lo que en España sigue siendo tema de controversia.

La tarea más urgente que nos queda pendiente a los filólogos y críticos culturales que pretendemos contribuir al debate sobre la memoria histórica en España es teorizar con más rigor el papel de los discursos intelectuales, literarios o artísticos en los procesos generales de la memoria histórica en sociedades con un pasado reciente de violencia⁸. Esa tarea tiene tres partes. Primero, cabe determinar qué posibilidades formales específicas ofrece, por ejemplo, la ficción narrativa a la hora de representar y comprender, desde el presente, un pasado violento. Segundo, cabe determinar hasta qué punto esas posibilidades se *realizan*, y cómo afectan a los pocos o muchos lectores que pueda tener un texto determinado. Y tercero nos incumbe –como expertos académicos e intelectuales ética o políticamente comprometidos y conscientes de la urgencia del tema que abordamos– preguntarnos cuál es la forma más adecuada de compartir y difundir los frutos de nuestra labor.

De forma similar, nuestro esfuerzo colectivo podría ser más efectivo si pudiéramos determinar más claramente dos puntos. Primero, la *articulación* de los análisis humanísticos con los *Memory Studies* como campo interdisciplinario con su centro de gravedad en las ciencias sociales. Y segundo, la especificidad de

⁸ Tarea que a la que han contribuido Colmeiro (2005), Gómez López-Quiñones (2006) y Hansen (2013).

casos como los de España, o los países del Cono Sur latinoamericano, donde la memoria histórica de la violencia se vive y se debate en una esfera pública más politizada que en el caso de la memoria histórica del Holocausto en Europa y Estados Unidos.

Por supuesto, no es que no se haya avanzado nada en este sentido. Además de los trabajos citados más arriba es importante destacar aquí el trabajo de individuos y grupos españoles que han sido tan activos como innovadores en términos de discurso, metodología y difusión, y que se han propuesto democratizar lo que hasta hace poco era territorio exclusivo de intelectuales y expertos universitarios. Un ejemplo excelente lo constituye el equipo de *Contratiempo* (contratiempohistoria.org), que combina un programa de radio semanal con una labor editorial y activista. Su declaración de principios merece que se cite con alguna extensión:

En estos tiempos, en los que las grandes ideologías parecen haber desaparecido como referentes de la acción política y en los que crece la desconfianza sobre los beneficios del progreso, el pasado se convierte en un campo para el debate político que cobra importancia dentro de la esfera pública. Por una parte, las narrativas históricas son extraordinariamente importantes en la actualidad para otorgar reconocimiento como agentes sociales a comunidades que hasta ahora eran invisibles; una narrativa histórica que las empodera y las dignifica.

Por otra parte, el debate sobre la memoria colectiva en la interpretación de pasados traumáticos, la revitalización de historias locales y ambientales en un entorno globalizado, o las interpretaciones revisionistas de ciertos episodios de las historias nacionales, influyen en la opinión pública y se hacen con un espacio en la agenda política.

A pesar de todo lo anterior, el pensamiento histórico no suele ser reconocido como un rasgo central de la ciudadanía en democracias pluralistas. No parece que los expertos o las agencias de gobierno estén respondiendo adecuadamente a las oportunidades y los desafíos que estas tendencias plantean.

Contratiempo nació con el propósito de avanzar en la democratización de la cultura histórica como condición para la construcción de una ciudadanía global y multicultural, así como para contribuir al logro de un nuevo consenso ético basado en la comunicación y el diálogo entre expertos y las nuevas subjetividades sociales respecto del pasado, común y no común. (Contratiempo 2010)

5. UNA NOVELA A CONTRAPELO

Para terminar, me gustaría presentar un breve análisis de una novela reciente para ilustrar mis tres puntos principales: la importancia bastante relativa, en los procesos sociales y políticos de la memoria histórica, de los textos literarios; la centralidad de la tensión entre filiación (genealógica) y afiliación (política) en el debate español sobre la memoria histórica; y la necesidad de replantear el propósito del trabajo académico humanístico en el marco la memoria histórica de la Guerra Civil Española.

Ayer no más de Andrés Trapiello salió en octubre de 2012 para engrosar las filas de los cientos de novelas recientes que se ocupan de la memoria histórica

de la Guerra Civil. Sin embargo, el libro de Trapiello destacaba en dos sentidos. Primero, por el hecho de que tuvo una excelente recepción entre una gama excepcionalmente amplia de los medios de comunicación españoles, desde *La Razón* y *La Vanguardia* hasta *Jot Down* y *El País* (cuyos lectores incluso llegaron a elegirla novela del año). Y segundo, por el hecho de que la novela pretendía ir a contracorriente: uno de sus propósitos principales es *cuestionar* la validez y la integridad de los actos afiliativos con las víctimas de la represión franquista, tanto de parte de historiadores profesionales como de ciudadanos activistas.

Así como *El corazón helado* de Grandes, el núcleo dramático de *Ayer no más* lo constituye la tensión entre la lealtad genealógica y el compromiso político. El protagonista es Pepe Pestaña, historiador de la Guerra Civil, respetado y progresista, que ha decidido pasar los últimos años de su trayectoria profesional en la Universidad de León, ciudad en la que se crio y donde todavía viven sus padres. Su padre es ex propietario de una fábrica y un falangista irredento que sigue ocupando, localmente, una posición de respeto y poder. A su hijo lo considera un traidor y un fracasado. Si Pepe no se lleva bien con su padre derechista, sin embargo, tampoco hace buenas migas con sus colegas progres del Departamento. Estos se han subido con entusiasmo al carro de la memoria histórica, la exhumación de fosas comunes y la reivindicación de las víctimas del franquismo, con la esperanza de poder llevar a los tribunales a cualquier victimario todavía vivo –incluido, posiblemente, al padre de Pepe–. Pepe no tarda en darse cuenta de la hipocresía de sus colegas: por debajo de un discurso que invoca la justicia y la verdad, solo están interesados en la memoria histórica en cuanto les aporta oportunidades de aumentar su prestigio profesional.

La trama comienza con un encuentro fortuito en las calles de León entre el padre de Pepe y un viejo campesino que le reconoce como uno de los jóvenes falangistas que, al comienzo de la Guerra Civil, le mataron a su padre. Pepe, sin querer, es testigo del encuentro. Y aunque no se atreve a abordar el tema con su padre, desde ese momento se ve dividido entre un sentimiento de lealtad para con su padre –al que quiere a pesar de todo y al que reconoce, en el fondo, como buena persona– y un sentimiento de solidaridad con el campesino y su familia.

Así, la novela se convierte en un vehículo para la visión de la Guerra Civil y su memoria que Trapiello lleva avanzando desde hace décadas, sobre todo en libros de ensayo. Esa visión reza más o menos así: la responsabilidad del estallido de la guerra la comparten derecha e izquierda, ya que en los dos campos hubo los que desearon o buscaron el conflicto armado. Se cometieron crímenes horrendos en los dos bandos, tan horrendos que el hecho de que se cometieran más en territorio nacional que en el republicano acaba siendo irrelevante. Y aunque la República representaba mucho más claramente los valores ilustrados del progreso y del liberalismo, la verdad es que hubo liberales y antiliberales, demócratas y anti-demócratas, en ambos lados. Los que, varias décadas después de la Transición, pretenden exhumar fosas y dar sepultura a los suyos tienen derecho a hacerlo. Pero es altamente cuestionable identificar a esos muertos como *víctimas* que murieron por la *democracia*. Por dos razones: porque muchos de las supuestas víctimas eran también, a su vez, victimarios; y

porque muchos de los supuestos defensores de la democracia eran revolucionarios, lo que, para Trapiello, significa que no eran, precisamente, demócratas. Según Trapiello, lo que hace falta para que los españoles se quiten de encima, de una vez, el peso del pesado siglo xx es sencillo: tienen que perdonarse los unos a los otros. Y el perdón implica el olvido. En cambio, los que tercamente insisten en *recordar* o, lo que es peor, en exigir ajustes de cuentas judiciales, están impidiendo esa resolución pacífica⁹.

Formalmente, *Ayer no más* constituye un intento valiente de pluralidad de visiones: la historia nos llega a través de varias voces narradoras que cada una representa una visión política e histórica diferente. Es una lástima que el intento falle: el autor implícito no logra disimular su profunda simpatía para Pepe, el personaje cuya biografía e ideas más se acercan a las del propio Trapiello, y su antipatía, igual de profunda, hacia los personajes que discrepan de ellas, y cuyos retratos se quedan en la caricatura.

A primera vista, *Ayer no más* constituye un texto idóneo para un artículo erudito sobre la dinámica de la memoria colectiva en España. Se prestaría, por ejemplo, a un análisis político: ¿hasta qué punto su crítica del movimiento de la memoria nos permite asociar a Trapiello a la derecha escéptica y revisionista, representada por autores como Pío Moa? También sería muy factible realizar una lectura de la novela que identifique los muchos puntos de contacto entre el protagonista-narrador y el autor, destacando su deliberada mezcla de ficción y realidad y la marcada hibridez genérica del libro. Otra posibilidad sería categorizar las formas en que el texto representa la transmisión de la memoria, las relaciones entre padres e hijos o el legado ideológico de la Guerra Civil y el franquismo. Dadas las dudas y preguntas que acabo de exponer, sin embargo, un artículo de ese tipo sería problemático, por varias razones: porque volvería a asumir la legitimidad metodológica de un análisis de un texto *literario* para producir conocimiento sobre un fenómeno *sociohistórico*; porque confundiría la obvia *voluntad* de impacto social (de parte del autor), con un impacto social real; y porque no dejaría claro si, y cómo, el propio análisis erudito del libro pretende contribuir al debate sobre la memoria histórica.

¿Qué hacer, entonces? Como críticos culturales universitarios especialistas en la España contemporánea, sobre todo los que estamos radicados fuera de la Península Ibérica, ¿cómo nos incumbe abordar una novela como *Ayer no más*? Podríamos optar por la modestia y limitarnos a un análisis puramente literario –describiendo, por ejemplo, la estructura de la trama, la alternancia de voces, o el mapa topológico del texto– sin la pretensión de contribuir de forma alguna a la comprensión más general, extraliteraria, de la dinámica sociopolítica en torno

⁹ Este diagnóstico de la situación asemeja el defendido por historiadores como Santos Juliá y otros intelectuales centristas de su generación. Así como Trapiello, Juliá (2006) ha advertido que es historiográficamente dudoso –además de éticamente cuestionable y políticamente tonto– leer la historia de la Guerra Civil a través del lente contemporáneo de los derechos de las víctimas, los derechos humanos y la justicia transicional. También ha argumentado que la promoción de narrativas partidarias, politizadas de la Guerra Civil y del franquismo –narrativas que transportan el pasado hacia el presente– es una práctica peligrosa de la cual los historiadores académicos deberían mantenerse lejos.

al pasado violento de España. El riesgo que corremos en tal caso es obvio: un análisis del texto que prescinde de cualquier contexto social, político e histórico podría bien resultar aburrido e irrelevante. Otra posibilidad, más interesante, sería no *asumir* la relevancia y el impacto de la novela, sino analizarla, precisamente, en función de su *voluntad* de intervención en el discurso social y en la percepción pública del movimiento de la memoria. Este ángulo nos permitiría movilizar de forma más efectiva nuestra pericia disciplinaria como lectores críticos profesionales (Radstone 2008: 35) y nos obligaría a compaginar el análisis del texto propiamente dicho con un análisis de los procesos de promoción editorial, incluido el complejo aparato paratextual montado en torno a su publicación (las entrevistas, las reseñas, los textos de la solapa, etc.). En lugar de asumir de antemano el impacto social del texto como algo dado, esta aproximación nos permitiría más bien *relativizar* ese impacto. Ahora bien, si lo que nos interesa de verdad es medir ese impacto de forma cuantitativa y cualitativa (¿cuántos lectores tuvo el texto?, ¿qué imagen tenían estos de la Guerra Civil, de la represión y de los intentos por recuperar la memoria de esta?, ¿cómo cambió esa imagen la lectura de la novela?), cabría, para empezar, admitir la insuficiencia metodológica de nuestras herramientas disciplinarias y, como paso siguiente, aliarnos con un colega de las ciencias sociales en el marco de un proyecto mucho más interdisciplinario.

Si, en cambio, pretendemos movilizar nuestra pericia humanística y visión crítica para intervenir activamente en los procesos sociales de memoria histórica, tiene muy poco sentido invertir nuestra labor en un artículo erudito de acceso difícil, publicación lenta y difusión limitada. En tal caso, sería más lógico ponernos a redactar un artículo de opinión que se dirija directamente al autor, iniciando –o contribuyendo a– un debate en la esfera pública española. Esta táctica, desde luego, no está exenta de riesgos; en cierto sentido el riesgo es mayor cuando abandonamos el recinto académico. Entre otras cosas, es probable que un artículo de opinión, poco “científico”, tenga menos peso en los procesos de evaluación que se imponen dentro de nuestras instituciones. Como he argüido en otro lugar (Faber 2013), este desajuste entre el trabajo socialmente relevante y el rendimiento profesional constituye un problema más fundamental que toca en especial a las Humanidades. Es un tema que merece otra discusión aparte.

OBRAS CITADAS

- Bourdieu, Pierre (1984): *Homo academicus*. París, Les Éditions de Minuit.
- Colmeiro, José F. (2005): *Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad*. Barcelona, Anthropos.
- Contratiempo (2010): “¿Qué es Contratiempo?”. En: <<http://www.contratiempohistoria.org>>. Última visita: 05.09.2013.
- Corbalán, Ana (2009): “Reconstrucción del pasado histórico: nostalgia reflexiva en *Cuéntame cómo paso*”. En: *Journal of Spanish Cultural Studies*, vol. 10, n.º 3, pp. 341-357.
- EFE (2009): “Muñoz Molina pide un gran pacto sobre la Guerra Civil”. En: *El País*, 23

- de noviembre. Disponible en <http://cultura.elpais.com/cultura/2009/11/23/actualidad/1258930811_850215.html>. Última visita: 05.09.2013.
- Faber, Sebastiaan (2005): "The Price of Peace: Historical Memory in Post-Franco Spain". En: *Revista Hispánica Moderna*, vol. 58, n.º 1-2, pp. 205-219.
- (2010): "La literatura como acto afiliativo. La nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)". En: Palmar Álvarez-Blanco y Toni Dorca (coords.): *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010). Un diálogo entre creadores y críticos*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, pp. 101-110.
- (2013): "La rebelión de los pesimistas. ¿Cómo defender las humanidades?". En: *FronteraD*, 18-24 de octubre. Disponible en <<http://fronterad.es/?q=rebelion-pesimistas-como-defender-humanidades>>. Última visita: 15.12.2013.
- Franklin, Ruth (2011): *A Thousand Darknesses: Lies and Truth in Holocaust Fiction*. Nueva York, Oxford University Press.
- Gómez López-Quiñones, Antonio (2006): *La Guerra Persistente. Memoria, Violencia y Utopía: Representaciones Contemporáneas de la Guerra Civil Española*. Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert.
- (2012): "A Secret Agreement: The Historical Memory Debate and the Limits of Recognition". En: Luis Martín-Estudillo y Nicholas Spadaccini (eds.): *Memory and Its Discontents: Spanish Culture in the Early Twenty-First Century. Hispanic Issues On Line*, n.º 11, pp. 87-116.
- Grandes, Almudena (2006): "Razones para un aniversario". *El País*, 25 de marzo. Disponible en <http://elpais.com/diario/2006/03/25/opinion/1143241205_850215.html>.
- (2007): *El corazón helado*. Barcelona, Tusquets.
- Federación de Gremios de Editores de España (2013): *Hábitos de lectura y compra de libros en España 2012*. Madrid, Conecta.
- Hansen, Hans Lauge (2013): "Auto-Reflection on the Processes of Cultural Re-Memoration in the Contemporary Spanish Memory Novel". En: Nathan R. White (ed.): *War: Global Assessment, Public Attitudes and Psychosocial Effects*. Nueva York, Nova Science, pp. 87-122.
- Hirsch, Marianne (2008): "The Generation of Postmemory". En: *Poetics Today*, vol. 29, n.º 1, pp. 103-128.
- (2012): *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture after the Holocaust*. Nueva York, Columbia University Press.
- Juliá, Santos (2006): "Bajo el imperio de la memoria". En: *Revista de Occidente*, n.º 302-303, pp. 7-19.
- Kansteiner, Wulf (2002): "Testing the Limits of Trauma: The Long-Term Psychological Effects of the Holocaust on Individuals and Collectives". En: *History of the Human Sciences*, vol. 17, n.º 2-3, pp. 97-123.
- Labanyi, Jo (2007): "Memory and Modernity in Democratic Spain: The Difficulty of Coming to Terms with the Spanish Civil War". En: *Poetics Today*, vol. 28, n.º 1, pp. 89-116.
- Labrador Méndez, Germán (2011): Reseña de *Unearthing Franco's Legacy: Mass Graves and the Recovery of Historical Memory in Spain*. En: *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, vol. 14, n.º 1, pp. 379-383.
- Portela, Eudurne (2007): "Hijos del silencio: Intertextualidad, paratextualidad y postmemoria

- en *La voz dormida* de Dulce Chacón". En: *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 41, pp. 51-71.
- Radstone, Susannah (2008): "Memory Studies: For and Against". En: *Memory Studies*, vol. 1, n.º 1, pp. 31-39.
- Ribeiro de Menezes, Alison (2012): "Family Memories, Postmemory, and the Rupture of Tradition in Josefina Aldecoa's Civil War Trilogy". En: *Hispanic Research Journal*, vol. 13, n.º 3, pp. 250-263.
- Saeger, J'Leen Manning (2013): "Memory and Postmemory in Lidia Falcón's Play *Las mujeres caminaron con el fuego del siglo*". En: *Hispania*, vol. 96, n.º 3, pp. 515-524.
- Said, Edward W. (1983): *The World, the Text and the Critic*. Cambridge, Harvard University Press.
- Sarlo, Beatriz (2005): *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Trapiello, Andrés (2012): *Ayer no más*. Barcelona, Destino.
- Van Alphen, Ernst (2006): "Second-Generation Testimony, Transmission of Trauma, and Postmemory". En: *Poetics Today*, vol. 27, n.º 2, pp. 473-488.
- Young, James (2000): *At Memory's Edge: After-images of the Holocaust in Contemporary Art and Architecture*. New Haven, Yale University Press.